



Carta de Pentecostés 2011
del Abad General Mauro-Giuseppe Lepori
a la Orden Cisterciense

“¡Ve, tu hijo vive!”

¡Queridos Hermanos y Hermanas!

Retiro a 4.000 metros

Mientras me encontraba en Bolivia, después de haber visitado todas nuestras comunidades en Brasil, nuestras monjas de La Paz, que llevan adelante con fe y valor la inmensa tarea de su Colegio de 4.500 alumnos, me han acompañado a su propiedad agrícola de Achocalla para un día de descanso, en la pureza de la montaña, a 4.000 metros de altitud, desde donde se puede contemplar el Illimani, que se alza a 6.000m. Fue un día un poco de retiro espiritual, en el que pude recordar tantos encuentros, tantas experiencias vividas en el inmenso y alegre Brasil, y en todas las experiencias de estos siete meses como Abad General. Por todas partes, el Señor me ha dado la alegría de la comunión, de la amistad, de la fraternidad. Cuando nace una relación de amistad fraterna con los superiores y las comunidades, mi corazón se llena de esperanza, también ante los desafíos más difíciles.

La paradoja de la comunión cristiana está en el hecho de que la amistad acentúa la esperanza, incluso cuando se hace más sensible a los problemas y a las fatigas que el Señor nos hace encontrar, y, quizá, se acentúa el sentimiento de impotencia para poder servir, verdadera y eficazmente, de ayuda y consuelo. En el aire puro de Achocalla me preguntaba delante de Dios que cosa ‘me’ y ‘nos’ pedía la situación, a menudo contradictoria, de nuestras comunidades. Me vino a la mente el Evangelio del día precedente, Juan 4,46-54, en el que un funcionario del rey, angustiado por la enfermedad del hijo, va donde está Jesús y le pide que baje con él a Cafarnaúm para curarlo. Jesús primero se irrita, como si se sintiese explotado por la búsqueda continua de milagros por parte de todos, como si estuviese cansado de hacer milagros sin conseguir jamás la fe de la gente, cansado de constatar que todos quieren sus milagros sin quererle a Él de verdad: “Si no veis signos y prodigios, no creéis” (4,48).

El funcionario insiste, pero se percibe que su petición se ha hecho más humilde, más pobre: “¡Señor, baja antes de que mi hijo muera!” (4,49). ¿Qué puede haber de más pobre, de más impotente que un padre que no puede hacer nada por su hijo que se está muriendo?

Ante este grito al límite de la desesperación, Jesús sorprende al hombre con una palabra llena de certeza: "¡Ve, tu hijo vive!" (4,50).

Imaginémonos el desconcierto del padre angustiado. Jesús le anuncia aquello que desea más que ninguna otra cosa. Y se lo comunica como una realidad cumplida, como un hecho acontecido. ¡Su hijo está curado, su hijo vive!

Para el funcionario, por ahora, esto es solo una palabra. Ante él se encuentran solamente Jesús y la palabra de vida que le anuncia. Pero aquí está lo que hace estallar la fe del funcionario del rey y un camino nuevo para su vida: "Aquel hombre creyó en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino" (4,50).

La fe es un camino en cuya dirección y cuya energía están en la presencia y la palabra de Jesús. Es un camino de pobreza, porque este hombre no tiene más que esta palabra para sostenerlo y guiarlo. Todas las otras seguridades carecen de valor. Todo el camino de su vida está suspendido en la palabra de Cristo.

Una palabra de vida

¿Por qué a menudo nos cansamos de vivir así nuestra relación cotidiana con la palabra de Dios, por ejemplo, en la liturgia, en la *lectio divina*? Quizá es porque no somos lo suficientemente conscientes de que la palabra de Cristo es una palabra de vida. Y no somos conscientes de ello porque cuando nos dirigimos a Jesús no le pedimos de verdad la vida, como hace el funcionario real de nuestro Evangelio.

En efecto, Cristo nos anuncia la vida, nos anuncia siempre la vida. Toda su palabra nos es confiada para que vivamos y para que todos puedan vivir a nuestro alrededor.

"¡Ve, tu hijo vive!"

Esta palabra es, en el fondo, el resumen del anuncio cristiano. Jesucristo da vida a todo lo que tenemos como más querido. Y, en este sentido, nos da vida también a nosotros mismos. Para este padre, la vida del hijo era su vida, era la fecundidad de su misma vida. Asegurando la vida del hijo, Jesús resucita, reaviva la paternidad de este hombre, reaviva su corazón angustiado, el sentido de su vida, de su trabajo, de su familia.

"¡Ve, tu hijo vive!" Aferrándose a esta palabra, repitiéndosela, este hombre ha comenzado a caminar en la fe y en la esperanza. A cada tentación de no creer que esto fuese verdad, que no se tratase más que de una ilusión, el hombre se repetía esta palabra de vida y descubría que aquella palabra de Jesús se convertía en él como en una fuente rebosante de esperanza, de fe, de alegría, que transformaba su mirada hacia la gente y las cosas que se encontraba en el camino. Repitiéndose aquella palabra, el sol resplandecía más, el cielo era más azul, los campos más dorados, los olivos más plateados y todas las personas con las que se cruzaba por el camino estaban como más vivas, más bellas, más amistosas, más unidas a su destino. La esperanza de vida que la palabra de Jesús ponía en su corazón no era solamente para su hijo. Era una esperanza para todos, una fe de vida para todos.

¿Y esto por qué? Porque aquella palabra lo llevaba constantemente a la presencia de Cristo, a su rostro, a Aquél que la había pronunciado y que permanecía como una fuente constante. La palabra permanecía palabra de Cristo, aunque el hombre se alejara físicamente de Él. Cristo es el Verbo de la vida que permanece presente y vivo en su palabra.

Y he aquí que, custodiando la palabra de vida de Jesús, el funcionario no tuvo que esperar a llegar a su casa para gozar del fruto de su fe. Sus siervos “vinieron a su encuentro”. ¿Y qué le dijeron? Le repitieron a la letra la palabra de vida de Jesús “¡Tu hijo vive!” (4,51).

Quien lleva consigo con fe la palabra de Cristo, la realidad le sale al encuentro para confirmar que es verdad, que no es solo una palabra, sino un hecho, un acontecimiento.

"¡Ve, tu hijo vive!"

Quizá es precisamente esta palabra la que tenemos necesidad de llevar con nosotros en el camino personal y comunitario en nuestra Orden y en toda la Iglesia. Tenemos necesidad de que la fe sea vida, se encuentre con la vida. Tenemos necesidad de que la fe nos haga reconocer y acoger la vida que Cristo nos da, que Cristo es para nosotros.

Cada vez me doy más cuenta, al visitar y encontrarme con las comunidades de la Orden, hasta el momento en Europa y América Latina, que, en un último análisis, la razón de tantos problemas y pesadumbre personal y comunitaria es quizá el rechazo de la vida que Jesucristo nos da. La fe en este don es más débil que todos los problemas y la palabra de vida que Cristo nos dice, que nos ha dicho cuando lo seguimos en el inicio, y que siempre nos repite, porque es una palabra eterna, es acallada, es sofocada, en nuestro corazón y en el diálogo entre nosotros, por el rumor que hacen muchas elecciones de muerte, o por el rumor de elecciones de vida engañosa que mortifica la vida plena y eterna que nos ofrece el Señor.

¿Quién es el hombre que quiere la vida?

San Benito resume nuestra vocación en la llamada a la vida plena y feliz que Dios nos dirige. El Señor, escribe en el Prólogo de la Regla, nos ha buscado entre la multitud gritando: “¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?” (RB, Pról. 14-15; Salmo 33,12). Dios nos ha buscado para que tengamos vida, y este “gritar” en medio de la multitud podríamos decir que se parece al afán del padre que pide a Jesús que cure a su hijo. Dios tiene ansia por darnos la “vida, la vida verdadera y eterna” (RB, Pról. 17).

Solo si decimos “¡Sí!”, si decimos “¡Yo!”, “¡Yo quiero la vida!”, respondemos verdaderamente a nuestra llamada, a nuestra vocación. Nuestra vocación es, ante todo, el deseo afanado de un Dios que quiere dar la vida al mundo.

Sin embargo, Benito nos dice también que al hombre sediento de vida, Dios lo busca como “obrero” (Pról. 14). ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la vida verdadera y

eterna, y la felicidad, requieren un trabajo por nuestra parte. Son un don de Dios, pero un don no dado para nuestra pasividad, sino para el trabajo de nuestra libertad.

El trabajo fundamental de nuestra libertad es la elección, las elecciones que hacemos. Podemos trabajar bien o mal, elegir bien o mal, ser buenos o malos obreros, incluso si Dios nos ha asumido para la obra de la vida y de la felicidad que es la obra de su Reino, la obra del Evangelio, la obra de Dios en el mundo.

Me sorprende que falte esta conciencia en tantos compromisos como vivimos en nuestras comunidades. Normalmente, se hace mucho, nos comprometemos mucho, se cultivan muchas relaciones, muchos contactos, y no solo en los monasterios que tienen obras pastorales o educativas. Pero dentro de todos estos compromisos, no se percibe siempre el compromiso por la obra de Dios, que es la vida y la felicidad del hombre. Se eligen tantas cosas, también buenas y óptimas en sí mismas, pero casi como una alternativa a la elección de la “vida verdadera y eterna”.

El hecho es que el obrero que Dios busca es un obrero para *Su* obra, para la obra de Dios. Y es eligiendo la obra de Dios, una obra no nuestra, como vivimos y somos felices, porque la obra de Dios es la vida y la felicidad del hombre, de toda la humanidad.

A menudo constato, tanto a nivel comunitario como personal, y, sobre todo, en mí mismo, que la elección de nuestra obra prevalece últimamente sobre la elección de la obra de Dios. Elegimos nuestra obra, elegimos ser obreros para nosotros mismos, sobre todo, cuando en nuestras elecciones prevalece la sed de poder, de autonomía, de individualismo.

¿Por qué tenemos necesidad de esto? Ciertamente, existe en nosotros la raíz del pecado, la tendencia a la rebelión contra Dios y sus proyectos. Pero Cristo nos ayuda a entender que el verdadero problema es que nos falta fe. No nos fiamos de la obra de Dios, no creemos verdaderamente que la elección de la obra de Dios es una elección de vida y de felicidad para nosotros. Preferimos contentarnos con el placer frágil y pasajero de un poco de poder, de algo de libertad que adquirimos, de un pequeño “reino” regido solo por nosotros, encerrado en nuestras manos. La obra de Dios, el reino de Dios, no nos parece bastante segura y fecunda como para dejar lo demás.

La parte mejor

Sin embargo, somos infelices, no estamos contentos. ¡Cuánta infelicidad encuentro en nuestras comunidades! ¡Y cuánta división! En efecto, si podemos estar unidos y felices en la obra de Dios, que a todos nos asigna un lugar, un deber y una vocación de amor, cuando vivimos para nuestra obra, el compartir y el don no son ya posibles. Llegando al límite, tenemos necesidad de cómplices, de aliados, y más a menudo de esclavos, no de hermanos y hermanas, no de amigos con los que compartir la fatiga y la alegría de la obra infinita de Dios.

En Chile hay un país que se llama “*Peor es nada*”. Parece que fuese el comentario amargo del último de los hermanos de una gran familia de latifundistas cuando ve la tierra que se le ha asignado como herencia.

A veces tengo la impresión que tantos de nuestros hermanos y hermanas definen así lo que se les reserva a ellos en la vida de comunidad, la vocación cisterciense. Sin embargo, es a nosotros, sobre todo a nosotros, a quienes está reservada “la mejor parte” (Lc 10,42), y se nos ha prometido “el ciento por uno en esta tierra y después la vida eterna” (cfr. Mc 10,30). Otra cosa muy distinta de *¡peor es nada!*

Entonces, ¿cómo recuperar la vida y la felicidad de nuestra vocación? ¿Cómo recuperar la elección de la obra de Dios como la parte mejor que nos ha tocado en suerte? ¿Cómo renovar nuestro sí al Dios que, en Jesucristo, nos llama a elegir la vida verdadera y eterna, y feliz, para nosotros y para el mundo?

Ante todo, no debemos escandalizarnos de nuestra mezquindad, de nuestra miseria y de la de los demás. Cristo ha venido a traer la salvación a los pecadores:

“No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos: yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.” (Mc 2,17)

A menudo, la crítica recíproca en las comunidades viene precisamente de este escándalo por nuestra fragilidad estructural, y, últimamente, esconde una falta de fe en Cristo Médico que nos puede curar siempre. Hasta el último momento, los discípulos más cercanos a Jesús han tenido falta de fe, de valor, de inteligencia, de gratuidad. Ambiciosos y mezquinos; sedientos de poder y, por esto mismo, tan frágiles. Verdaderamente llevamos el tesoro de nuestra vocación cristiana y monástica en vasos de barro (cfr. 2 Co 4,7), y el tesoro no cambia el barro en oro. El vaso es válido solamente si lleva en sí el tesoro. Si lo pierde, no queda más que el barro.

Pero, ¿cuál es este tesoro?

San Pablo lo expresa en síntesis con una fórmula sublime: “Pues el mismo Dios que dijo: ‘de las tinieblas brille la luz’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo”. (2 Co 4,6).

El tesoro es el conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo. El tesoro es el Rostro del Señor que nos revela todo el esplendor de la Trinidad, del Dios que por amor ha creado el universo que comienza por la luz, para llegar a comunicarse a nuestro corazón por medio de la mirada del Hijo de Dios hecho hombre. El tesoro es la mirada de Jesús que fija en el joven rico con amor y lo llama a la libertad de todo para seguirlo: “Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: ‘Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme’.” (Mc 10,21)

El joven rico rechazó esta vocación a la plenitud de la vida, a la libertad y a la felicidad en la relación constante con Jesús: “se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes” (Mc 10,22).

“Se marchó entristecido”. El verdadero problema no fue que estuviese ligado a sus bienes, sino que se marchó, se alejó de Cristo, escapando de su mirada, de su rostro, y, por tanto, del verdadero tesoro de su vida, aquello que le habría permitido reconocer la vanidad e inconsistencia de todas las demás cosas. El joven rico no se ha detenido ante la presencia del rostro de Dios que lo miraba con amor. Esta es la verdadera traición de la vocación en el seguimiento de Jesucristo.

“Rendíos, reconoced que yo soy Dios”

Y nosotros que hemos dicho que sí, ¿nos rendimos verdaderamente ante la luz de su Rostro?

Nunca he tomado conciencia como desde que soy abad general que debemos comenzar a rendirnos. Se comienza solo rindiéndose. Y nunca como ahora me he dado cuenta que el corazón de la metodología de san Benito es precisamente este rendirse para ponerse en presencia de Dios y en sus manos, con el fin de que Él mismo nos haga instrumentos, obreros de su obra, de su Reino. Descubro, por mi vocación y la vocación de toda la Orden, la importancia esencial de los primeros versos del capítulo 43 de la Regla de san Benito: “A la hora del oficio divino, tan pronto como se haya oído la señal, dejando todo cuanto tengan entre manos, acudan con toda prisa, pero con gravedad, para no dar pie a la disipación. Nada se anteponga, por tanto, a la obra de Dios” (RB 43,1-3).

En nuestros monasterios se piensa, a menudo, que la participación en el Oficio divino es esencialmente una cuestión de equilibrio entre actividad y oración. Es como si se tratase de equilibrar en nuestra vida y en la vida de la comunidad *nuestra* obra y *nuestra* oración. Para san Benito, sin embargo, el problema y la elección no se tratan a este nivel, a *nuestro* nivel. La elección para él no se da entre dos actividades que hacemos nosotros. Para él se trata de la relación entre la obra del hombre y la Obra de Dios, se trata de la elección entre aquello que hacemos nosotros y lo que hace Dios. El Oficio divino no es, evidentemente, toda la Obra de Dios, pero es el gesto educativo que san Benito inserta repetidamente en nuestra jornada para ayudarnos a elegir la Obra de Dios en todo lo que hacemos, o, mejor: para ayudarnos a insertar en la Obra de Dios a nosotros mismos y todo aquello que hacemos. La Regla nos ofrece momentos de interrupción común de nuestra obra, de modo que nuestra libertad sea educada para aceptar lo que Dios obra, al Dios que crea y vivifica, al Espíritu Santo que “es Señor y dador de vida” (*Credo*).

“El Maestro te llama” (Jn 11,28), dice Marta a su hermana María, y este Maestro es el Señor que es en persona “la resurrección y la vida” (11,25).

Los hermanos y hermanas que se descuidan sin motivo de la oración común y en algunas ocasiones, incluso, la Eucaristía, quizá no se dan cuenta que no subestiman solamente un acto litúrgico, sino la vida nueva que Dios quiere siempre recrear en nosotros y en todo aquello que hacemos.

San Benito utiliza en este fragmento de la Regla la terminología evangélica de la llamada de los primeros discípulos: “dejando todo [*relictis omnibus*] cuanto tengan entre manos, acudan a toda prisa [*summa cum festinatione curratur*]”. ¿Cómo no sentir el eco de la llamada de Pedro y de Andrés, de Santiago y de Juan, de Mateo el publicano, o de

María de Betania, que dejan caer de sus manos las redes, el dinero, la casa y la hacienda para seguir con alegría al Señor? El Oficio divino nos hace contemporáneos de Jesús y renueva la realidad evangélica de nuestra vocación y seguimiento.

Si titubeamos, si no permanecemos es porque no queremos desprendernos de “todo cuanto tenemos entre manos”. Todos tenemos esta tendencia de agarrar demasiado las cosas y las personas que tenemos en nuestras manos. Las relaciones, el trabajo, las responsabilidades, los intereses, los proyectos, nosotros mismos..., a veces agarramos todo tan fuertemente que “estrangulamos” nuestra misma vida. Por miedo a perderla, la sofocamos.

San Benito nos invita a la libertad de las manos vacías. Y nos invita a vivir esto como una fiesta: “*summa cum festinatione curratur*”. Nos quiere apasionados por la Obra de Dios, como enamorados que corren a la cita con la persona amada. Nos quiere sedientos de vida, “como la cierva que anhela las corrientes de agua” (Sal 41,2).

“Nada se debe anteponer a la Obra de Dios” (RB 43,3). La preferencia es una elección que produce el milagro de la prevalencia. Es decir, que lo que se prefiere, prevalece, ocupa el primer puesto. Si la Obra de Dios es preferida, el milagro es que esta prevalecerá en todo, en toda nuestra vida, en nuestro trabajo, en nuestros proyectos, en nuestras relaciones, en todo lo que seamos y hagamos. Todo se transforma en Obra de Dios, es decir, todo se convierte en vida, porque la Obra de Dios es la vida eterna.

Es verdad que en nuestras comunidades existen muchos problemas y muchos se lamentan. Esto es válido tanto para la Orden como para la Iglesia entera. Humanamente, es verdad, hay de qué preocuparse. Pero nuestra preocupación es, aún más, un sentimiento de que vivimos con las manos cerradas en torno a lo que nos angustia. Nos preocupamos, nos desesperamos, sin preferir a Cristo y la Obra del Padre, es decir, sin permitir que Dios intervenga, que tome Él en sus manos todo lo que nos preocupa y que va mal.

El funcionario real del Evangelio de Juan (4,46-54) se separa de su hijo moribundo para ir hacia Jesús, y la distancia entre Cafarnaúm y Caná de Galilea es de un día de camino. Este separarse del hijo, que para él debió haber sido tan doloroso como el sacrificio de Abraham, es un acto de fe que le permite encontrar a su hijo vivo y sano. Este padre se ha convertido para su hijo en instrumento de la obra de Cristo, que es la resurrección y la vida.

Gracias a su fe, Jesús le ha restituido al céntuplo su paternidad. ¿Qué es un padre si no quien genera al hijo para la vida? Este padre, soltando sus manos del asimiento con el que tenía a su hijo moribundo para ir a presentarlas vacías e impotentes a Jesús, ha recibido en la fe el don de la paternidad del mismo Cristo, y así ha llegado a ser padre al céntuplo, porque ha sido instrumento de la vida que solo Cristo puede dar.

Estamos destinados a esto en todo lo que debemos ser y hacer.

De la casa de Emaús al Cenáculo de Jerusalén

Pero el detenernos que nos pide san Benito no es solo para orar: se trata de detenerse para orar *juntos*, para la oración común. En el fondo se trata de detenerse para encontrar la comunión con Dios en la comunión fraterna.

Esta es la Obra de Dios a la que nos invita san Benito y la Iglesia desde su nacimiento: “Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.” (Hch 1,12-14)

Recientemente, en Polonia, meditaba en el Evangelio de los discípulos de Emaús. Me ha impresionado que su retorno a Jerusalén fuera, en el fondo, una conversión que les llevó de su proyecto de vida individualista a la comunidad reunida en el Cenáculo de la vida común. Es como si en Emaús el Resucitado desapareciera ante sus ojos rápidamente precisamente para esto, para que corriesen a encontrar su presencia en medio de los hermanos y hermanas reunidos en el Cenáculo.

Los discípulos de Emaús, alejándose de Jerusalén y, por tanto, de la comunidad de los demás discípulos de Cristo, después de la muerte violenta de su Maestro, no sabían qué hacer. Antes eran discípulos; probablemente, un día habían dejado todo para seguir a Cristo y le habían sido fieles hasta el final. Pero cuando Él murió, perdieron el punto de referencia de su vocación. Después de algunos días de indecisión y de miedo, decidieron volver a su casa, a Emaús, y reemprender sus actividades habituales. Jesús, para ellos, sería un recuerdo, pero un recuerdo descorazonador, porque se esperaba tanto de Él y todo había terminado sin que sus esperanzas fueran satisfechas.

Qué grande es la tentación, también para nosotros, de hacer como ellos. Un día entramos en el monasterio para seguir a Jesucristo, para estar con Él para siempre, pero después, con el tiempo, nos parece que nuestras esperanzas han sido frustradas y, poco a poco, regresamos a Emaús, a nuestra vida anterior, a nuestros proyectos individuales, a la organización y a la gestión privada de nuestro tiempo, de nuestro trabajo, del dinero, de las relaciones y hasta de la oración. Nos convencemos de tener razón y nos decimos a nosotros mismos que lo que hacemos es siempre por Cristo, para servir a la Comunidad y a la Iglesia, o para salvar almas. Y, por esto, no nos parece ya necesario estar unidos con aquellos con los que, y a través de los que, un día hemos encontrado a Jesús, lo hemos seguido y escuchado. Nos alejamos de Jerusalén, nos alejamos del Cenáculo, del lugar en que Cristo nos ha prometido la Resurrección y el don del Espíritu Santo, del lugar en que estábamos, a pesar de todo, unidos a los Apóstoles, a María, a todos los discípulos.

Siguiendo este principio, nos sentimos libres y animados a dejar esta compañía de gente que, sin Jesús, es aún más miserable y pobre que antes. Pero, a lo largo del camino, nos llena la tristeza, un sentido de vacío. Pronunciamos muchos discursos, trabajamos mucho, nos ocupamos de muchas cosas, pero es como si en todo faltase el sentido, el valor, la paz y la alegría.

La vida se hace estéril, y estamos solos, cada vez más solos con nuestros proyectos y nuestras actividades. Y, si en este tiempo, Jesús ha resucitado y vienen a decírnoslo, no lo creemos, somos escépticos, no nos parece posible que Él pueda ser todavía para nosotros la fuente de vida: “Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.” (Lc 24,21-24)

Lo único que puede salvarnos de este alejamiento que supone el individualismo triste y estéril es que Cristo nos alcance por gracia, por misericordia, y que su presencia y su palabra hagan a nuestro corazón arder en deseos de estar con Él: “¡Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado!” (Lc 24,29)

Nos salva la gracia de renovar el deseo y la petición de que la presencia de Cristo sea lo que impida a nuestra vida declinar en nuestra propia tristeza. Nos salva la misericordia de Cristo que siempre viene a alcanzarnos, incluso allí donde nos alejamos de Él, para hablarnos y llevarnos a desear la plenitud de la vida que quiere darnos en el estar con Él. Nos salva, sobre todo, el acontecimiento de volver a ver de golpe, como el primer día, la luz de su Rostro, sus ojos, su mirada de amor sobre nosotros.

Los discípulos de Emaús regresan a Jerusalén, vuelven al Cenáculo. Cristo ha desaparecido a sus ojos para que volvieran a unirse a la comunión de personas en las que Él quería permanecer presente por siempre, en virtud de la Eucaristía, de la oración común, del don del Espíritu Santo, del ministerio de los Apóstoles, de la presencia de María. El Cenáculo era también el lugar en el que Jesús, Señor y Maestro, había escogido el último lugar, el del siervo que lava los pies de los demás, el del pobre que nos llama a reconocer nuestra pobreza y a no querer dominar sobre los otros.

Precisamente es este regreso de Emaús a Jerusalén el que nos invita a hacer san Benito en toda su Regla. San Benito ha hecho la experiencia, después del período de soledad en Subiaco, de que es sobre todo en el Cenáculo de la vida cenobítica donde se aparece el Resucitado y nos habla: “Mientras hablaban de estas cosas; Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: ‘¡Paz a vosotros!’” (Lc 24,36).

“Ni siquiera hemos oído decir que exista un Espíritu Santo”

Pero, ¿por qué nos cuesta tanto optar por la comunidad? ¿Por qué la comunión nos parece menos atrayente que la soledad?

Quizá bastaría sencillamente recordarnos el motivo esencial por el que Jesús resucitado, antes de ascender al Cielo, ha pedido a los discípulos permanecer unidos en el Cenáculo. El motivo es el don del Espíritu Santo. Jesús nos pide estar juntos para acoger al Espíritu. Porque es el Espíritu Santo el que anima la comunión y la oración, la comunión fraterna y la comunión con Dios. El Espíritu es la Caridad que nos une a Dios y a los hermanos y hermanas. Lo que Jesús pide a los discípulos no es que sean capaces de orar y amar, sino que estén juntos en la oración, como para abrir al Espíritu el espacio vacío que corresponde a la plenitud del amor y de la oración que es Él. Este es el ofrecimiento cristiano.

Sin embargo, nosotros pensamos siempre que la comunión fraterna y la oración son un deber que debemos realizar con nuestras fuerzas, y que Dios es como un guardia que, sin hacer nada, controla los trabajos forzados asignados a los demás. Somos parecidos a aquella docena de habitantes de Éfeso que, cuando san Pablo les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron: “Ni siquiera hemos oído decir que exista un Espíritu Santo.” (Hch 19,2)

La Regla de san Benito no se considera normalmente como muy “carismática”. Sin embargo, las pocas veces que en ella se menciona al Espíritu Santo son significativas y difunden sobre toda la observancia benedictina y cisterciense un soplo de Pentecostés que no debemos descuidar si queremos vivir con alegría y verdad nuestra vocación.

San Benito menciona, por ejemplo, al Espíritu Santo como un don gozoso precisamente cuando habla del período más exigente de la vida en el monasterio: la Cuaresma. Así pues, Benito une la “alegría del Espíritu Santo” con la libertad de la ofrenda. En efecto, pide después de haber señalado que “la vida del monje debe ser en todo tiempo como una Cuaresma” (RB 49,1), que “cada uno ofrezca a Dios, en la alegría del Espíritu Santo, algo más de lo que está establecido” (49,6).

El Espíritu Santo es la plenitud del corazón, es decir, la alegría que llena rápidamente el espacio libre y vacío que abrimos a Dios. La verdadera libertad no está en el poder, sino en el ofrecer; no está en el ser capaz, sino en la disponibilidad; no consiste en estar llenos, sino abiertos. El peor defecto que podemos tener es el de sentirnos perfectos, porque esto nos cierra a la plenitud de los pequeños y de los pobres: el Don del Espíritu.

En este sentido, san Benito menciona el Espíritu Santo al final del capítulo sobre la humildad. También aquí, cuando el monje ha subido todos los grados de la humildad y se ha vaciado de todo orgullo y presunción, y de todo temor, el Espíritu viene a colmar de amor toda su vida y su persona abierta a la gracia:

“Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de ‘amor a Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor’; gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados.” (RB 7,67-70)

Sí, san Benito, como nuestros padres y madres cistercienses, sabía que existe el Espíritu Santo y que sin Él no podemos hacer nada. Por esto era feliz e invitaba a la felicidad, como un niño que sabe que los padres no le piden nada sin antes ayudarlo, y que todo se lo piden para su bien y para que viva.

Preguntémonos, sencillamente, si después de tantos años de vida cristiana y monástica sabemos o no que existe el Espíritu. Quizá no lo sabemos aún. Debo confesar que aún no lo sé lo bastante. Pero bastaría al menos con tener la humildad de los doce de Éfeso, que reconocen no conocer el Espíritu, el Consolador, el Padre de los pobres, el dulce Huésped del alma, el Fuego de la caridad, el Señor que da la vida. Entonces, como los habitantes de Éfeso, en virtud de nuestro bautismo, ratificado con nuestra profesión monástica, el Espíritu se nos dará enseguida, haciéndonos felices, en la alabanza de Dios, y profetas (Hch 19,5-6), es decir, testimonios de la novedad de vida que Cristo resucitado quiere dar a toda la humanidad.

* * *

Queridos Hermanos y Hermanas, con gratitud, afecto y humildad, permanezco unido a todos vosotros pidiendo y acogiendo con las manos vacías al Paráclito, con María, de modo que toda la Orden, en la variedad de sus carismas y de sus observancias, ofrezca al mundo un Cenáculo acogedor y abierto en el que el Espíritu del Padre y del Hijo pueda ser un Don para todos.

Roma, Pentecostés 2011

A handwritten signature in blue ink, reading "Mauro-Giuseppe O. Cist. ab. gen." The signature is fluid and cursive, with the initials "M.G." clearly visible at the beginning.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori O. Cist.
Abad General*